

ÍNDICE:

- [La decadencia de las religiones ha dejado un inmenso vacío que hoy llena el dogma del crecimiento sin límites. Para él no hay alternativas ni condiciones.](#)
- [En lugar de Dios y rey](#)
- [Bendiciones del milagro económico](#)
- [Necesidad de crecimiento](#)
- [Fatalismo cínico](#)
- [Imaginémonos](#)
- [Espiral de destrucción](#)
- [Contradicciones](#)
- [Corona de la creación](#)
- [Culto radicalmente juvenil](#)
- [Represión de la muerte](#)

La decadencia de las religiones ha dejado un inmenso vacío que hoy llena el dogma del crecimiento sin límites. Para él no hay alternativas ni condiciones.

Ensayo de Dietmar Krug, 12 de abril, 2020

<https://www.derstandard.at/story/2000116727845/was-ewig-waechst-lebt-ewig>

Traducción: Manuel Ossa

Cada época tiene sus palabras sagradas, protegidas por un tabú omnímodo. Son ideas que confieren sentido y apoyo a la existencia humana y garantizan la estabilidad del orden sobre la tierra. A quien las ponga en duda, sus coetáneos lo acusan de envilecer lo sublime.

Durante siglos la idea de Dios era una de esas palabras. Dios era para el ser humano la garantía de su origen y de su futuro, de hallarse protegido y redimido - y de la mayor de todas las promesas: la vida eterna. No es de extrañar entonces que el ser humano se sintiera legitimado para cualquier extremismo, si estaba de por medio la defensa de la honra de Dios.

El equivalente terreno de Dios era el rey, una palabra que también tiene su aureola. El gobernante ungido como rey estaba por encima de las bajezas humanas -muy humanas. Es difícil darse cuenta hoy de la espantosa conmoción que se produjo cuando los revolucionarios franceses llevaron al cadalso al rey Luis XVI. El decapitado no fue un

hombre, sino una imagen del mundo.

En lugar de Dios y rey

Dios y rey han pasado a la historia. Los regentes que hoy existen son en nuestras regiones tan folclóricos como la religión que aún se practica. Dios ha muerto, no ha sobrevivido a dos cambios de época, la una ideal, la Ilustración, la otra material, la revolución industrial.

¿Pero qué vino a ocupar el sitio de Dios y del rey? El vacío mental que se abrió tras el derrumbe de las ideas aureoladas fue ocupado primero por las ideologías totalitarias. El “reino de mil años” o la “sociedad sin clases” eran promesas de salvación fuertemente coloreadas de religión. Ideas como pueblo, partido y caudillo eran sacrosantas, cualquier crítica era una traición a lo más sublime.

El fascismo y el comunismo de estado pasaron también a la historia. Preguntamos de nuevo: ¿qué es lo que ha ocupado el sitio de las grandes ideas? ¿Sigue habiendo el escalofrío abismal que sacude a las mayorías cuando alguien se atreve a sacrificar una vaca sagrada?

Como siempre, también hoy hay una idea dominante. Está tan aureolada que pareciera hallarse más allá de toda crítica. Es el dogma de la necesidad de un crecimiento sin límites. Su validez no tiene alternativa y es incondicional. ¿Cómo se pudo llegar a eso?

Bendiciones del milagro económico

La idea de la democracia es un concepto que se mantuvo por encima de toda crítica durante todo el tiempo de la posguerra. Era la garantía de que algo se había aprendido de las catástrofes del pasado. Ningún político de la posguerra podía permitirse poner en duda la democracia en provecho de alguna otra idea.

Sin embargo, así como en los tiempos pasados la humanidad necesitaba que el reino terrenal estuviera junto al divino, así también necesita hoy una idea santificada para el nivel de lo material. Y ¿cómo se manifiesta sensiblemente lo divino en la tierra? Mediante un milagro, un milagro económico.

No había que echar toda la culpa del auge de las dictaduras a los déficits democráticos, pues también la miseria y la pobreza habían empujado a que la gente se echara en brazos de los demagogos. De igual manera, era claro que las bendiciones del milagro económico venían a apoyar la idea recién santificada de la democracia.

Pero en los tiempos en que había Dios y rey la gente no distinguió nunca con claridad los niveles celestiales de los terrenos. ¿No apelaban todos los reyes a su derecho divino? La misma confusión de niveles ocurrió en la posguerra.

Democracia y milagro económico aparecieron pronto como el cara y sello de la misma moneda. Así lo vio sobre todo la generación que dio por supuesto el milagro, pues ellos habían nacido en él. Los derechos de participación prometidos por la democracia se convirtieron en el derecho a tener su parte en el bienestar creciente, con lo que el ciudadano responsable se convirtió en el consumidor crítico. ¡El cliente es rey!

Necesidad de crecimiento

Hace tiempo que el milagro se ha vuelto rutinario, perdiendo su encanto. Pero en su seno nació la idea fuerza que no ha perdido nada de su acerada dureza. Ningún político que quiera ser tomado en cuenta, es decir, elegido, puede permitirse dudar de esta máxima.

Esa idea es la del crecimiento, protegida como está por un tabú poderoso y eficaz. Quien pone en duda la necesidad del crecimiento, cae en el distanciamiento político de los payasos y charlatanes. El crecimiento sin límites e ininterrumpido es la quintaesencia y el motor de la economía y del bienestar.

Donde dominan las ideas sagradas no tarda en aparecer el hereje. Ya se han hecho oír dudas en torno a la fuerza bienaventurada del crecimiento, advirtiendo de la explotación de los recursos limitados y de la destrucción de la naturaleza. Y los síntomas de la crisis no se han hecho esperar.

La lluvia se convirtió en lluvia ácida, el aire se llenó de plomo, con lo que murió el bosque. El sol que da vida se volvió de pronto amenazante a través de un agujero en nuestra atmósfera. Y las gentes se empeñaron en reparar los daños, trataron de hacer que la lluvia volviera a ser dulce y que se corriera el telón de ozono delante del sol.

Fatalismo cínico

Pero sobrevino una consecuencia del crecimiento que dejó en la sombra todo lo sucedido hasta ahora, porque concierne el corazón de nuestro modo de vida: el calentamiento climático. Este peligro es distinto a los conocidos, porque su causa, la emisión de CO₂, resulta de la quema de minerales fósiles en casi todos nuestros procesos de producción industrial y de nuestra movilidad. Sin esa quema no hay productos, ni tráfico, ni transporte de mercaderías.

Nunca antes había quedado tan claro que más crecimiento económico acarreará solo más calentamiento y destrucción. Los estudiosos y los políticos están de acuerdo en que ahora sí que algo debe cambiar.

Pero la única consecuencia obvia -que sería salirse de la espiral del siempre más- sigue siendo el tabú absoluto de siempre. Mientras siga siendo intocable, el empeño del gobierno de coalición socialista-verde de Austria por parar el calentamiento global está condenado al fracaso.

Quien promueve la abolición del tabú se vuelve un hazmerreír y se le remite a las consecuencias de su sacrilegio: sin crecimiento, sobrevendría el colapso de nuestro bienestar y hasta el del mundo entero y del sistema económico. Y puede que sea cierto, pues así lo hemos establecido al imprimir al sistema una dinámica forzosa de crecimiento por inversión y acumulación.

Solo que este razonamiento se basa en un fatalismo cínico. Es algo así como decirle a un drogadicto: Es cierto que tienes una adicción que te arruinará física y espiritualmente. Pero no debes dejar la heroína en ningún caso, porque los síntomas de la abstinencia son tan terribles que mejor te quedas con tu droga.

Imaginémonos

Los defensores del crecimiento suelen objetar que no debemos salirnos del crecimiento, sino solo reconciliar ecología y economía. No es necesario disminuir nuestros desplazamientos, sino mantenerlos, pero respetando el medio ambiente.

Hagamos un experimento mental: imaginemos que dentro de algunas décadas no haya ningún auto, camión o ni medio de transporte que funcione con motor de ignición, sino solo vehículos con motor eléctrico, libre de emisión.

Al mismo tiempo y en virtud del crecimiento económico, tendrá que haber mucho más transporte de mercaderías y más usuarios de carreteras. La demanda de electricidad para los medios de circulación habrá aumentado de manera incalculable. ¿De dónde vendrá?

Tomemos en cuenta que los servidores gigantes en nuestro mundo digitalizado y el aire acondicionado en nuestras ciudades sobrecalentadas demandan de año en año cada vez más energía. Ya está escaseando la materia prima para la fabricación de baterías. Se ha inventado una nueva rama industrial -la minería de fondo de mar- para obtenerla. Pero con consecuencias fatales para los ecosistemas sensibles.

Espiral de destrucción

Hay una sola salida de esta espiral de destrucción: limitar nuestros desplazamientos y nuestro consumo; estos no pueden seguir creciendo. Hace tiempo que se han diseñado sabias propuestas económicas sin crecimiento. Sin embargo un tabú omnímodo está paralizando hasta el coraje de solo considerarlas.

Muchos se indignaron cuando las cortes prohibieron la construcción de una nueva pista de aterrizaje en el aeropuerto de Viena. El veredicto judicial ha sido derogado entre tanto. Pero no es suficiente, pues la idea sacrosanta del crecimiento ha sido puesta seriamente en duda.

El Partido Popular de Austria (ÖVP) y el Partido Austríaco de la Libertad (FPÖ) hicieron oír su voz para volver a santificar el crecimiento inscribiéndolo como “Objetivo Estatal Económico” en un texto sacrosanto: la Constitución Federal. Así el crecimiento quedaría al mismo nivel que los derechos humanos fundamentales.

Contradicciones

Pero ¿por qué el cuestionar el crecimiento ha llegado a ser tabú? La única respuesta es que esa idea está rodeada de la misma aura que flotaba antes sobre las ideas de Dios y del rey. En cada época se circunvalan espacios donde no puede ni debe penetrar la Ilustración. En estos espacios se conservan modos de pensar irracionales e irreflexivos. Pareciera que el ser humano no puede apañárselas sin ellos. Se los acepta como dones de Dios.

A menudo en las noticias se oyen preocupantes comunicados sobre el calentamiento global – y pocos minutos más tarde el mismo locutor informa, con el mismo tono de preocupación, que el crecimiento económico ha sido más débil de lo que se esperaba. ¿Ninguno de los redactores se da cuenta de contradicciones como ésta?

Al comienzo de la actual crisis del Coronavirus que ha prescrito una pausa obligatoria a la vida económica, los informes sobre la epidemia y los de la catástrofe económica daban la impresión fantasmagórica de traslaparse y confundirse unos con otros. Antes de que fuera claro cuán seria la situación, parecía que todas las cifras se echaban en el mismo saco, las de las víctimas, las de las tasas de infección y las del desplome del crecimiento. Esta confusión no habla de una falta de respeto sino de un obsceno exceso del mismo, pues nada exige más respeto que un tabú.

Corona de la creación

¿Cuáles son las fuentes que alimentan esos residuos de irracionalidad? ¿Qué es exactamente lo que pretendemos defender de la fuerza anti tabú de la Ilustración? La idea del crecimiento está impregnada y traspasada de religiosidad.

Ya al comienzo el Antiguo Testamento hay un encargo divino hecho al hombre recién creado: “Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”. (Gen 1, 28)

El permiso bíblico de enseñorearse de la tierra y de todo lo que se mueve en ella ha tenido más consecuencias que el encargo de multiplicarse. Un salmo lo refuerza al alabar a Dios por todo aquello para lo que ha hecho y permitido al ser humano:

“¡Lo has hecho señor de las obras de tus manos! ¡Todo lo has puesto debajo de sus pies! ¡Todas las ovejas y todos los toros! ¡Todos los animales del bosque! ¡Las aves en el cielo y los peces en el mar! ¡Todo lo que surca las profundidades del mar! Señor y Dios nuestro, ¡cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!” (Salmo 8, 6-9)

¡Qué regalo, qué autorización para usar de todo un planeta! Quien ha recibido de la más alta instancia una carta blanca como esa, puede proceder con la tierra a su antojo y como lo necesita. La enseñanza bíblica sobre la creación se diferencia en un punto esencial de los mitos de la antigüedad griega sobre los orígenes.

Según Platón, el “demiurgo” creador hace el mundo de acuerdo con la figura original de las ideas sublimes, y lo hace a partir de una materia con la que él se encuentra, dada desde siempre. El Dios judeo-cristiano no depende de que le regalen el material de su obra. Tiene el poder de hacer el mundo a partir de la nada.

La naturaleza es entonces desde el principio algo que se sitúa como un objeto en frente de Dios y luego ante el ser humano, puesta a libre disposición suya por el creador mismo. Por eso el ser humano no tiene que sentirse parte de la naturaleza, pues Dios mismo lo ha puesto muy por encima de ella, como corona de la Creación.

Culto radicalmente juvenil

Puede ser que Dios se haya muerto entretanto, pero lo que no ha muerto es el terreno de cultivo inconsciente donde el alma humana ha desenvuelto su esencia y sus excesos durante

miles de años. La muerte de Dios ha dejado un enorme hueco. Por algo era él la instancia responsable de la mayor exigencia con la que todo ser humano se confronta desde siempre: saber de la finitud de su existencia.

La promesa de vida eterna era un consuelo no menor, pero el dios muerto se lo ha llevado consigo a su tumba. Para compensar esta pérdida, se practica hoy un culto radical a la juventud. ¡Ser siempre joven y sin arrugas! Cuando Udo Jürgens, a sus apenas 80 tiernos años, tuvo que rendir tributo a la temporalidad finita, los medios cayeron en consternación porque un joven eterno había sido cortado de la vida, justo en medio de ella.

Un médico, saludable y delgado sesentón, dijo hace poco en una entrevista que hoy en día los 80 años no son vejez. ¡Qué perspectiva más tranquilizadora! Una persona en edad de jubilación habrá alcanzado, 15 años más tarde, una edad que es cualquier cosa menos vejez.

Las mujeres reciben a sus niños cada vez más tarde. ¡40 años no es una edad avanzada para tener un niño! Aunque las más de las veces a esa edad haya que hacerse ayudar por la medicina in vitro. Hay cada vez más mujeres que hacen congelar oportunamente sus óvulos. Congelados no envejecen, al contrario del cuerpo al que van a ser trasplantados alguna vez de nuevo.

Represión de la muerte

Hemos reprimido la muerte echándola de nuestras vidas hacia la lejanía de hospitales u hospicios. ¿Y qué mejor para esta represión que la fantasía de un crecimiento eterno y sin límites? La idea de que con ello algunos límites naturales puedan romperse debe evitarse de todas maneras. Pues nos recordaría el hecho inconsolable de nuestro plazo limitado sobre la tierra.

La decadencia de la religión ha dejado aquí un vacío enorme. Y cada vacío es una oportunidad para los comerciantes. Es posible que el ser humano ya no pueda crecer hacia el cielo, pero el mercado desconoce esos límites, sobre todo el mercado esotérico que llena los vacíos con aire tibio.

La ingenuidad primitiva que domina en este supermercado de las preguntas por el sentido revela solo la inmensidad de las necesidades insatisfechas. Hace poco vi en el mostrador de una tienda esotérica un libro que llevaba por título: El servicio cósmico de pedidos. Dios puede estar feliz de haberse muerto para no tener que presenciar esta baratija de trascendencia.

La crisis del Corona ha hecho posible lo inimaginable: de la noche a la mañana ha frenado todas las ruedas. El tabú del crecimiento eterno nos ha hecho ilusionarnos con la vida eterna. Pero la ficción se terminó en el momento en que el virus ha puesto ante los ojos nuestra demasiado real mortalidad.

(Dietmar Krug, 11/04/2020)